

EL REGALO DE MELCHOR

Berta, la pobrecita, había llegado a los 25 años sin saber lo que era la felicidad. Bueno, había vivido breves momentos felices; pero ser feliz, lo que se dice ser feliz, gozar de un período largo y estable de plácido bienestar, nunca lo experimentó a partir de la noche, víspera de los Reyes Magos, en que la llevaron a dormir a casa de sus abuelos cuando, entre lágrimas, le contaron que ya no vería más a papá y a mamá porque se habían ido al cielo con Dios.

Por entonces tenía 5 años y al desconcierto de saberse sola, envuelto en el a un tiempo amargo y salado ambiente de las lágrimas de sus abuelos, se unió la desilusión de descubrir por la mañana que los Reyes Magos no le habían dejado nada. Podrá parecer una banalidad, pero aquella decepcionante sorpresa acentuaba su sensación de desamparo. Sintió Berta que las oscuras nubes que parecían tapizar de luto el cielo, no se iban a despejar jamás.

Como otros años, había dejado la carta a Sus Majestades en el alfeizar de la ventana y a las pocas horas ya había desaparecido. La paloma mensajera, tomándola en su pico se la habría llevada a Melchor, “su” rey, que ya se encargaría de dejar en su casa el ansiado regalo. Pero ¡Ay!, por la razón que fuere, aquella mañana no encontró junto a sus zapatos la muñeca vestida de lecherita holandesa que era el regalo que esperaba recibir.

En menos de dos años sus abuelos se fueron también al cielo, acaso arrastrados por la tristeza, y a ella alguien la llevó a vivir a una casona destartada, con un umbroso jardín arbolado, en la que unas estrictas monjitas cuidaban y educaban no solo a Berta, sino también a otros muchos niños a cuyos padres, al parecer, también se los había llevado Dios al cielo.

Desde la desoladora noche de Reyes en que Melchor no le dejó su muñeca vestida de lecherita holandesa ella, año tras año, repitió terca su petición sin fallar una sola vez. En sus primeros Reyes en el orfanato, la paloma mensajera debió tener algún despiste y no acudió al alfeizar como solía hacer cuando vivía con su familia, así que al año siguiente decidió echar la carta al buzón de Correos mientras su demanda se mantenía tan inamovible como su esperanza en recibirla.

Cuando cumplió 16 años las monjas la colocaron en casa de una familia como empleada doméstica, como doncellita, como criada. Debía ser laboriosa, honrada y sumisa, recomendaciones bastante inútiles porque Berta ya era las tres cosas sin que nadie se lo hubiese aconsejado. Allí estaba bien; por lo menos no pasaba el frío que sufrió con las monjitas. Comía caliente, dormía en una buena cama y no carecía de lo necesario y, aunque al principio no cobraba nada, al cumplir los 18 empezó a recibir un parco sueldo que con el tiempo le dio para alquilar una modestísima buhardilla.

Ni que decir tiene que Berta siguió año tras año pidiéndole a Melchor la deseada lecherita holandesa, pero también año tras año la mañana del 6 de enero sufría la decepción de no encontrar regalo alguno en sus zapatos.

Cuando cumplió 25 años su carta a los Reyes no fue la de siempre. Apabullada por la grisura de su triste y solitaria vida se derramó en una cascada de tormentosos lamentos haciendo saber a Melchor que, desde que murieron sus padres, no había vuelto a

conocer la felicidad, que cumplía con las enseñanzas de las monjitas y con las normas de la casa en que trabajaba, que reconocía sus faltas pero que se consideraba buena persona y que, a pesar de todo ello, no solo jamás había experimentado el algodónoso y cálido sentimiento de recibir amor ni la efervescente y apremiante sensación de dárselo a alguien, sino que ni siquiera recibía de él la ración de felicidad que, como Rey Mago que era, tenía en su mano dar. No pedía gran cosa, solo “su” eterna lecherita holandesa, pero más que otra cosa lo que realmente anhelaba era experimentar la para ella insólita sensación de recibir y pensaba que su muñeca era el paso previo, sencillo e imprescindible, para conseguirla.

La víspera de Reyes se acostó pronto, pero cuando aún estaba en el duermevela de los primeros momentos del sueño una mano le tocó en el hombro. Abrió los ojos y se encontró en su cuarto, inclinado ante ella, a un apuesto varón de atezado cutis y profunda mirada negra, vestido a la usanza oriental. Él la cogió por la mano y en un instante estaba, más sorprendida que asustada, ya fuera de su tibia cama. Entonces notó algo desconocido para ella: el satisfactorio e inquietante calor interior producido, sin duda, por el simple hecho de que un hombre la tomase de la mano.

-¿Quién eres? ¿A dónde me llevas?

-Soy Ahmed, paje de Melchor. Vengo a llevarte a que conozcas los lugares más bellos del mundo. Conocerás la felicidad por esta noche. Ven, ponte este chal porque iremos a lugares donde puede que haga frío.

Ahmed le entregó un bellissimo hijab de un intenso color azul añil, bordeado por un precioso festón dorado que presentaba arabescas ondulaciones, y la ayudó a colocárselo sobre los hombros y la cabeza.

Berta siguió a Ahmed fuera de la casa y allí vio un camello echado sobre su vientre, con las patas dobladas, provisto de dos lujosísimos asientos a derecha e izquierda de sus jorobas. Ahmed le ayudó a sentarse en uno de ellos ocupando él el otro puesto. Con una varita tocó el cuello del animal que, inmediatamente, inició la operación de ponerse en pie estirando, primero, sus patas posteriores con lo que los ocupantes de los asientos se echaron involuntaria y vertiginosamente hacia adelante. En ese momento, como si se tratase de un aleph borgiano de la belleza, vió al mismo tiempo el Taj Mahal, el parque de Canaima, Abu Simbel, el Cañón del Colorado, el valle de Lastur, la cima del Everest, los templos de Ahgkor, la *Domus Aurea*...

Aunque Berta estaba conmocionada, abrumada de belleza, no podía evitar girar la cabeza en busca del rostro de Ahmed. Pero cada vez que, asombrada, se volvía hacia él, se encontraba con unos ojos que derramaban sobre ella una mirada como nunca nadie antes le había mirado y con un rostro con le sonreía como nunca nadie antes le había sonreído.

Pero las imágenes seguían sucediéndose, o acaso superponiéndose, sin cesar: las salinas de Uyuni, la Venus de Milo, los Jardines Colgantes de Babilonia, el Machu Puchu, una aurora boreal, la catedral de Siena, la Alhambra, los más profundos valles de los Andes, las más arriscadas cimas del Himalaya...

Antes de que amaneciese Ahmed la dejó a la puerta de casa. Cuando la ayudó a descender del asiento del camello la retuvo unos segundos, acaso milisegundos, tomada por la cintura sin dejar de sonreír. En cierto momento Berta creyó que Ahmed iba a

abrazarla, pero... Cuando se quiso dar cuenta estaba otra vez entre las sábanas de su cama.

Al entrar el primer rayo de luz por las rendijas de su persiana, Berta despertó. Contra su costumbre permaneció un rato en la cama pensando en lo que había vivido durante esa vertiginosa noche. Tenía que centrar sus pensamientos después de aquel extraño sueño. Se levantó y... ¡Eh!... ¡No! ¿Cómo era posible? Sobre el respaldo de la butaquita blanco marfil de su alcoba estaba... ¡el hijab azul con festón dorado!

¡Pero bueno! ¿Entonces no había sido un sueño? Estaba confusa y era incapaz de coordinar sus pensamientos pero, casi tambaleándose, maquinalmente, tal vez por un acto reflejo, aún tuvo fuerzas como para acercarse a ver si, junto a sus zapatos, estaba al fin la lecherita holandesa. Pero allí no había regalo alguno. ¿Qué había ocurrido? Todo parecía indicar que había pasado la noche viajando con un paje de Melchor y, sin embargo... Si ni siquiera en aquella ocasión los Reyes...

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Berta se recompuso el aún enmarañado cabello, abrió y... ¡Allí estaba Ahmed!

Ambos se mantuvieron sin saber que decir, tontamente, durante unos segundos.

- Hola Ahmed –se dio cuenta de que se ruborizaba- Supongo que vienes a traerme la lecherita holandesa porque anoche se te olvidó dejarla en mis zapatos ¿No?

-No, Berta. Vengo a preguntarte si te quieres casar conmigo.